

El desarrollo explosivo y creciente del conocimiento es un hecho de constatación diaria que nos sorprende hoy y sorprenderá aun más en el futuro. Uno de los índices de esta velocidad de desarrollo es la duplicación del conocimiento humano. Este cambio, que tardaba antes cientos de años en producirse (piénsese en el medioevo) se da ahora en períodos de 15 a 25 años. Eso asegura, desde ya, que existirán, en este primer cuarto de siglo del milenio, realidades derivadas del avance científico-tecnológico que son totalmente inimaginables hoy. Sin embargo, como piezas separadas de un rompecabezas, elementos de esas realidades futuras ya están disponibles para los científicos de hoy en día. Eso es precisamente lo que está pasando en la neurociencia y deberemos de esperar aún unos años para ver las síntesis que revolucionarán nuestra concepción de la mente humana y su patología.

Uno no puede dejar de establecer paralelismos –aunque pobremente lo tengan– con la situación a comienzos del siglo pasado donde Freud describía el inconsciente, Ramón y Cajal independizaba la neurona como entidad y Einstein establecía las leyes de la relatividad junto al nacimiento de la física atómica. Estos descubrimientos se hicieron sobre el coraje intelectual de quienes crearon los conceptos nuevos frente a las resistencias, el escepticismo y los temores de su época. Aceptar que en el cerebro existían unidades celulares independientes, de funcionamiento aún desconocido, motivaciones psicológicas más allá del deseo de la voluntad o fuerzas materiales de magnitud desconocida, representaron desafíos paradigmáticos para el pensamiento científico. Cien años después el inconsciente, la neurona o la relatividad están incorporados al conocimiento cotidiano.

De la misma forma, con el develado del genoma humano y de cómo sus unidades, los

genes, se expresan en proteínas –*receptores, enzimas, transportadores*– en el complejo edificio de la mente humana, nos acercamos cada vez más a la posibilidad de decodificar los entramados biológicos que son la base de las enfermedades mentales. En forma similar a lo que ocurría cien años atrás, intuimos las nuevas fuerzas pero aún nos espera un tiempo de incertidumbre para que podamos saber cómo controlarlas.

Las neurociencias están develando componentes moleculares del funcionamiento cerebral en forma exponencial. Recordemos que el Congreso de la Asociación Americana de Neurociencias reúne todos los años a más de 25.000 participantes. Son decenas de miles de comunicaciones anuales, decenas de miles de pequeños avances simultáneos.

Ya se conoce la estructura de las diferentes poblaciones de receptores de neurotransmisores y se han identificado sus genes, así como los que corresponden a las enzimas del metabolismo intermediario. Así como en los setenta el énfasis estuvo en la presinapsis, luego se centró en la postsinapsis, en los receptores y los segundos mensajeros. Ahora se descubren día a día las cascadas de fenómenos moleculares intracelulares que se encienden con cada contacto del neurotransmisor con su receptor y se está aprendiendo a ver cómo se llega al núcleo y se transforma o libera la información genética. Como existieron antes modelos cerebrales basados en la máquina de vapor o en la pura mecánica, conservamos la tendencia a explicar lo desconocido por lo que en cada momento aparece como el nuevo avance científico-tecnológico. Hace muy poco tiempo se interpretó la patología mental por los neurotransmisores: había poco o mucho de alguno de ellos en cada patología. Las explicaciones pasaron luego a los receptores: estaba mal uno u otro grupo. Se verán ahora una multitud de teorías que irán incorporando cada

uno de los componentes del funcionamiento químico cerebral que se van descubriendo, entendido cada uno como responsable único de tal o cual patología y, quizás, combinando varios.

Como las unidades moleculares descubiertas son más numerosas y su funcionamiento de complejidad creciente, las síntesis explicativas serán más difíciles y lentas y los avances serán inesperados, en un proceso no previsible, que podrá aparecer en más de un momento como caótico. Del orden, se supone que conocemos sus leyes y las entendemos. De la realidad múltiple hoy de la neurociencia no sabemos aún sus reglas más generales y sólo cabe esperar lo inesperado.

Recordemos además que, un cambio de primera importancia frente al pasado, muchos avances claves en ingeniería genética están siendo realizados por empresas privadas, no por las universidades. Hay empresas que ya son dueñas de genes que codifican tal o cual enzima o subunidad de receptor. Se patentan mecanismos de importancia aún desconocida. Está claro que si una compañía es dueña de tal aspecto del funcionamiento cerebral, estará interesada en impulsar por todos los medios la parte de verdad que éste represente y los aspectos comerciales que de ello se puedan derivar.

Los psiquiatras estamos desprotegidos frente a esta situación. Al no existir programas sistemáticos de educación médica continua nos veremos enfrentados a una avalancha de

información y teorías particulares totalmente nuevas y por un tiempo va a ser casi imposible diferenciar a los falsos profetas.

Frente a esta situación deberemos tener cuidado de no caer en la negación de tanta información buscando respuestas más globales y entendibles, quizás menos biológicas. Se corre el riesgo de que esta fragmentación transitoria de las neurociencias pueda aparecer como paradigma de no humanidad.

Dos entidades, por su naturaleza aquellas con mayor capacidad de adaptación y cambio, tendrán la responsabilidad de colaborar con los psiquiatras en este período: la Sociedad de Psiquiatría y la Clínica Psiquiátrica. La Sociedad deberá ir proporcionando los medios –conferencias, seminarios, simposios, debates– para que esté disponible la información y aun las herramientas de análisis. La Revista de Psiquiatría será uno de los instrumentos privilegiados de este proceso, dando cabida a material que contribuya al conocimiento de los nuevos descubrimientos, seleccionando para su lectura textos claves de especialistas, traducidos si es necesario, junto a comentarios y evaluaciones críticas de especialistas, etc. En este proceso que ya ha comenzado, la Revista seguirá teniendo su rol de instrumento de formación además de su capacidad de difusión.

Federico Dajas
Editor